

Historias eternas, luchas vividas y un enfermo mental

Gaspar Gutman



Capítulo 1

Historias eternas, luchas vividas y un enfermo mental

El enfermo mental tornaba sus ojos ante el abrazo del sol. Ojos desorbitados, temerosos, que acechaban la pequeña ventana. El sol luchaba por entrar por esta pequeña abertura, y dejar un legado de luz en esta oscura caverna de hierro y barrotes. Le era difícil, al enfermo mental, mantenerse en puntas de pie para observar el sol que las paredes de concreto censuraban. Pero no le importaba maltratar sus pies para sentirse vivo unos minutos. Pues hasta el condenado disfrutaba un rayo de sol que lo hace renacer. Pues el resto del día, postrado en la oscuridad, rascaba el limbo con sus largas uñas. Pero sus pies seguían en la tierra. La fantástica atmosfera de agonía, felicidad y horror se esfumo, cuando el policía que custodiaba su celda le informaba que vendría alguien a interrogarlo. Y casi inmediatamente apareció el ministro de inteligencia, por quinta, o sexta vez en el mes. El enfermo mental le cedió su alma a sus temblorosos pies. Y cayó al suelo, aunque era una caída preparada, como si la hubiese anticipado ya varias veces. El ministro entro junto a un personaje, petizo y anteojudo que ya había venido un par de veces. Le decían abogado. Espero a que el enfermo mental se siente en el banquito de madera, y comenzó a leer en voz alta, como un sargento a sus tropas:

-“leeré los casos de los que se te acusa, Max:” Intento encontrar los ojos del enfermo mental, pero estos, desorbitados, atravesaban los barrotes, las paredes, el parque que rodeaba el calabozo, se encontraban, tal vez, en otra línea temporal. Entonces, el abogado siguió

-“irrupción en la mansión del señor diputado Jorge Washington, y la posterior destrucción de las telas y cortinas de la casa... solo, de las cortinas y telas” leyó al final, dubitativo y temeroso.

-“irrupción en la mansión de la señora Clington y el posterior robo de los abrigos y ropas”...“solo de los abrigos y las ropas”

-“Sopechoso de robo nocturno de la biblioteca “La letrada”- los robos se capitalizan en los títulos:”- y los ojos del abogado se abrieron, y rasco su cabeza, y jugo con su pelo, mientras leía-“Leviatan, de Hobbes. El capital de Karl Marx, Rebelión en la granja, de Orwell, el manifiesto comu...”- suficiente- irrumpió con autoridad el ministro, pero con ojos débiles.

-“y por último, sospechoso de ser el líder, o cómplice de los lideres ideológicos de la desaparición masiva de personas...”- y volvió a leer mientras jugaba nuevamente con su pelo-principalmente de personas de la Villas, ancianos en geriátricos, prostitutas y niños de orfanato”

El silencio reino en la pequeña caverna. El enfermo mental gatillaba el vacío con la mirada. El abogado se retiró. El Ministro miró al enfermo mental, y le dijo. -"es la última oportunidad para hablar"- "te juzgaran por robo a personaje trascendental de la Nación. Y sabemos que no es como robar a cualquier peatón, aunque te abrace la constitución". -"te juzgaran como secuestrador, y como anarquista."

El enfermo mental no se inmutaba. Recorría los pasillos, con los ojos. Con ellos abría la puerta, y caminaba por el pasillo, y tomaba un vaso de agua, y miraba a aquella oficial enrulada por última vez, y salía a morir con el sol. Solo cuando el ministro se fue se levantó del banquillo para flagelar sus pies nuevamente y sacar su nariz por la ventana. Los oficiales hablaban susurrando. Hablando de casualidades. Casualidad, por ejemplo, que habían escuchado de todas las acusaciones menos de la desaparición de los marginados. Y que era en verdad gran casualidad que la mencionen un día después de que la Organización de los países Unidos declarara penalizaciones globales por "tratos muy notorios de inequidad".

Y se escuchaban gritos, escándalos, tambores ancestrales y frases eternas en la calle principal.

El sol se escondía detrás de los fierros oxidados del cuadrado de luz. Luego salía de nuevo, y luego se volvía a esconder. El enfermo mental siempre buscaba aquel rincón que lo bañase en luz y calor. Era lógico que las heridas de su boca no lo dejaran hablar. Y que las de su tórax no lo dejaran caminar cómodamente. Solo veía por la ventana. Y así, en unos segundos nada más, el sol salió y se escondió diez veces.

En la noche suenan más los ecos del alma desgarrada por las paredes de concreto. Pero no la noche del 20 de Julio. Pues varios oficiales se preparaban nerviosamente, y se oían cientos de televisores hablando de lo mismo. Al parecer, cientos de personas habían sido divisadas desde las alturas en un sector alejado del campo. Propiedad de nadie. Y también majestuosas estructuras de tela. La radio estaba a todo volumen, y su poder fue suficiente para que el enfermo mental bajara la cabeza, cerrara los ojos, apretara los puños y se lamentara, luego de oírla. La caverna de hierro y concreto ardió en sombras.

Y llegaron los inspectores, y personales de seguridad al sector del campo, ya afuera de toda ciudad. Y encontraron este lugar. Doce manzanas de casas de madera. Adornadas con telas presumidas. Y había gente, vistiendo ropa ostentosa, pero sin lógica estética de ningún tipo. Y estaban allí los niños, jugando algunos al fútbol en una cancha improvisada, rustica, maltrecha y perfecta. Y estaban las señoritas que solían estar en rutas o esquinas lúgubres, pero estaban ahora formando un círculo. Junto a los ancianos. Y cientos de personajes, en su mayoría morenos. Y en el centro, un hombre y una mujer recitando una historia. Las casas, ninguna más alta que la otra, las granjas, gigantes, sin ninguna

valla ni alambre, en calles pequeñas de tierra, todas estas callaron, para que aquellos personajes escucharan mientras se recitaba el Manifiesto comunista de Karl Marx.

Al día siguiente, las calles de la ciudad temblaban ante el despliegue de estandartes, que le ofrecían su danza a los cielos. Tumultos de personas que salieron a repetir más que nunca aquellas frases inmortales, y tambores de otras vidas, de otras luchas y guerras. La noticia de que un personaje había creado una sociedad afuera de los límites ya se había esparcido. Y se sabía que este pequeño universo recibiría la visita de perros rabiosos, vestidos de hombre, con cascos, chalecos antibalas y cachiporras. Pero los tumultos de personas gritonas no lo permitirían. Y este personaje, titulado por aquellos que habitan rodeados de oro como "el enfermo mental", miraba por la ventana. Pensaba en su obra y en como acabaría. La radio de enfrente lo odiaba. La radio de la izquierda, sobre una mesa de madera, lo idolatraba. Y vio pasar, este enfermo mental, secuestrador, ladrón, anarquista, a los perros rabiosos pasar por la calle. Marchaban al compás del ruido que hacen las botas. Cada paso era empujado, cada paso era la orden de algún ser terrenal, de ellos que odian pisar la tierra. Pero su camino a este pequeño universo de casas iguales, de tierra modesta, sería difícil. Pues deberían pasar por el tumulto de otros tantos enfermos mentales, anarquistas, aquellos que hace muchas vidas recorrieron los soviets, y cruzaron la cordillera, y alzaban los estandartes, y se aferraban a la tierra, sin temor, de embarrarse los pies.